

«UN LIBRO ESENCIAL» THE WASHINGTON POST

DÓNDE SE ESCONDE EL DINERO

**Atossa
Araxia
Abrahamian**

Cómo los más ricos atracan al mundo

**PENÍNSULA**

Dónde se esconde el dinero

Cómo los más ricos atracan al mundo

Atossa Araxia Abrahamian

Traducción de Antonio Padilla Esteban

Título original: *The Hidden Globe. How Wealth Hacks the World*

© Atossa Araxia Abrahamian, 2024

Reservados todos los derechos, incluida la reproducción total o parcial por cualquier medio.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: junio de 2025

© de la traducción del inglés Antonio Padilla Esteban, 2025

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensinsula@planeta.es
www.edicionespensinsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Limpergraf
Depósito legal: B. 7.414-2025
ISBN: 978-84-1100-389-6

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Introducción	II
1. La ciudad de los agujeros negros	23
2. Buenos vallados, buenos peristas	53
3. Cubos blancos y cajas negras	75
4. En las zonas.	119
5. Un mundo hackeado.	165
6. <i>La ciudad y la ciudad</i>	193
7. <i>Ad Astra</i>	229
8. Titánico.	279
9. A seccionar se ha dicho.	333
10. Laos Vegas	369
11. <i>Terra nullius</i>	407
Agradecimientos.	443
Notas.	447

I

La ciudad de los agujeros negros

Al igual que los sueños, las ciudades están hechas de deseos y de miedos, por mucho que el hilo de su discurso sea secreto, sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas, y toda cosa esconda otra.

ITALO CALVINO,
Las ciudades invisibles

Bienvenidos a Ginebra, la capital del globo escondido. Es una ciudad de excepciones, un Estado como un queso suizo. Durante siglos, sus cámaras acorazadas y escondites han protegido a la gente de la persecución y la revolución, la tributación y la litigación. Desde el Renacimiento, Ginebra es un santuario para las personas fugitivas, y también para su dinero, sus formas de vida y sus convicciones políticas.

Comunistas y capitalistas, protestantes y católicos, traficantes de armas y mediadores por la paz, monarcas exiliados y refugiados sin un céntimo, todos ellos han pasado tiempo en Ginebra, han frecuentado los mismos cafés y bombonerías, paseado junto a la misma pintoresca ribera

del lago; se han comunicado entre sí con fragmentos de lenguas del mundo entero. Ginebra siempre ha sido territorio neutral: quizá no apolítico del todo, pero sí generalmente imparcial. Pero lo que nos trae aquí también tiene que ver con la metafísica.

Por encima, por debajo y en el seno de esta ciudad hay decenas de ciudades de menor tamaño, cada una de ellas revestida de dispensaciones especiales, todas gobernadas por normas un poquito diferentes. Algunas son tan pequeñas como una maleta; otras tienen el tamaño de un pueblo grande. Una pléyade de cámaras acorazadas, almacenes, consulados, embajadas, misiones, organizaciones internacionales, centros de investigación nuclear y mesas de negociación bursátil —todos ellos escondidos a plena luz— brindan a Ginebra la apariencia fractal que encontramos en los libros de la colección «El ojo mágico». Si andas a paso rápido, no ves más que papel pintado. Si te fijas bien, de entre sus líneas brotan constelaciones.

Me llevó largo tiempo apercibirme de Ginebra en todas sus dimensiones. La faceta que presenta al mundo es tan sólida, está tan enraizada, resulta tan aplastante que da la impresión de ser eterna. Su ciudad vieja, *la vieille ville*, para mí forma parte del paisaje natural en tanta medida como las montañas en derredor, tan consustancial a la topografía de la región como el Ródano o el lago Lemán (asimismo conocido como lago de Ginebra). Si leéis *Frankenstein* de Mary Shelley, ambientado en esta ciudad hace más de un siglo, advertiréis que las calles, los barrios y los muelles siguen conservando sus nombres antiguos.

En los angostos callejones de la ciudad vieja seguramente siguen oyéndose los sonidos de siempre. Bastantes veces al día, a la hora y el minuto exactos, decenas de campanas resuenan en armonía desde la catedral de San Pedro.

Clémence, la mayor campana del carillón, data de 1407. Mide casi cuatro metros de altura, pesa más de seis toneladas y nos mantiene controlados con su doblar regañón. Las vibraciones de la campana reverberan en el subsuelo profundo, donde, por debajo de la catedral, se conservan los huesos exhumados de un jefe guerrero del primer siglo antes de Cristo.

San Pedro fue construida en lo más alto de una colina en el siglo XII y, con el paso de los años, fue creciendo hasta enseñorearse sobre el adoquinado con su espinosa aguja de zinc y sus vidrieras relucientes. Durante la Reforma protestante, el movimiento que durante el siglo XVI unió a muchos europeos en contra de los excesos de la Iglesia católica, la fachada gótica de San Pedro fue despojada de todos sus ornamentos y rehecha en estilo neoclásico. Los reformistas religiosos, encabezados en Ginebra por Juan Calvino, impusieron la austeridad llevada al extremo. Además de implantar estrictos códigos de conducta, los calvinistas prohibieron el arte —incluyendo el arte religioso, considerado fomentador de la idolatría.

Las vistosas vidrieras de la catedral se salvaron de la quema. Un retablo, *La pesca milagrosa*, no. Pero uno de sus paneles escapó a la destrucción y ahora se encuentra expuesto de forma permanente en un museo cercano.

La pintura, del artista de Basilea Konrad Witz, es una obra notable: muchos consideran que es la primera en la historia de Europa que representa un paisaje topográfico reconocible en lugar de una escena imaginada o bíblica. Witz trabajó en ella a principios de la década de 1440, cuando Ginebra era casi todo campo, pero el artista sin duda se sintió inspirado por algo mayor al contemplar el lago Lemán. La imagen sitúa el lago de forma deliberada como un lugar en el que lo sagrado se encuentra con lo profano, lo

que anticipa el papel de la ciudad como mediadora entre lo material y lo espectral. La pintura también tiene que ver con la fe: en Dios, claro está, pero también en el dinero y en la importancia de no hacer demasiadas preguntas.

La obra muestra un grupo de cinco apóstoles apiñados en una barca de remos cercana a la orilla; dos de ellos manejan los remos, mientras los otros tres sacan de las aguas una red henchida de peces que se retuercen aprisionados. Al momento queda claro que la escena no está situada en el mar de Galilea, donde se supone que tuvo lugar la escena bíblica, sino en un punto más cercano al hogar del artista: este pinta cumbres nevadas, setos, almacenes, un embarcadero. El campo es de un verde exuberante, indicio de que Witz seguramente estuvo trabajando en la primavera o el verano, y unas grandes nubes blancas tienen marcada presencia sobre el agua. Una baja cadena montañosa, el Salève, con un inequívoco pico en el trasfondo —la blanca cima del Mont Blanc— revela la ubicación precisa. Witz pintó el Lemán desde un barrio hoy conocido como Eaux-Vives, en Ginebra.

Los hombres visten unas túnicas rojas, blancas y negras que les llegan a las rodillas. Contemplan el cielo, atónitos por su buena suerte: tras una decepcionante jornada de pesca, según refiere la historia, siguieron el consejo de Jesús, echaron las redes una última vez y se vieron magníficamente recompensados. San Pedro también aparece, vadeando las aguas y con los brazos extendidos hacia Jesús. Cristo resucitado lo aguarda con los pies metidos en el agua junto a la orilla, envuelto en una túnica de vivo color rojo y con una sonrisa beatífica en el rostro.

Witz hizo algo hasta entonces impensable: pintar el mundo físico tal y como era en realidad. Pero esta obra tiene algo de etéreo y sobrenatural, y no por causa de los

hombres o las montañas, ni siquiera por obra del milagro. A pesar de lo meticuloso de su tratamiento de la sombra y la luz, la figura de Cristo es la única que no proyecta su reflejo en el agua.

Por omisión, Konrad Witz ofrece un temprano atisbo de la otra Ginebra, la Ginebra metafísica: una ciudad donde las leyes del hombre y de la naturaleza no siempre son de aplicación.

En el curso del último medio siglo, en el mismo lugar preciso del milagro pintado por Witz, la riqueza ha sustituido a Dios. Por la noche, los logotipos del lujo (Rolex, Breitling, Zenith) iluminan el cielo. La superficie del lago responde mostrando una ciudad igual pero también opuesta a la enclavada en tierra: una ciudad tan evasiva como Ginebra es cognoscible, tan fluida y carente de ubicación como Ginebra resulta real.

El lago Lemán sigue albergando muchos peces, en su mayoría percas, que en los restaurantes fríen y sirven con salsa tártara y limón. Pero el dinero de verdad procede de la economía espectral de la que la ciudad es fantasmal anfitriona, envuelta como está en una maraña de seguridad, neutralidad, leyes de confidencialidad y exenciones impositivas.

Ginebra apenas tiene 200.000 residentes, pero más de la tercera parte del comercio mundial de grano se efectúa desde sus oficinas. Más de la mitad de los sacos con café del mundo pasan «a través de» Suiza, en su mayor parte vía compañías situadas en Ginebra y alrededores, de forma muy parecida. Starbucks abrió su primera cafetería en el país en fecha tan tardía como 2001, pero, pocos meses después, la multinacional empezó a comprar su café por medio de una

subsidiaria suiza. Hay otras jurisdicciones, como la de Singapur, que ofrecen unos impuestos comparables o menores que los proporcionados por firmas de este tipo. Pero con un banco en cada esquina y una compañía de seguros a cada paso, Ginebra es demasiado conveniente como para hacer las maletas y decirle adiós.

Hace largo tiempo que Ginebra es un epicentro primordial de la industria petrolífera... si podemos hablar de un «epicentro» por el que los barriles nunca llegan a pasar. Hasta hace pocos años, entre el 50 y el 60 por ciento del comercio de crudo ruso tenía lugar en Suiza, en Ginebra, sobre todo, según la organización de investigación sin ánimo de lucro Public Eye. Cuando el Parlamento helvético votó sumarse, de mala gana, al régimen de sanciones impuesto por la Unión Europea a Rusia después de que Vladímir Putin invadiera Ucrania, parte del negocio se trasladó a Dubái, una jurisdicción inspirada en —por no decir replicante de— el batiburrillo ginebrino de incentivos fiscales, discreción y eficiencia profesional, hasta el punto de que los tratantes en petróleo comienzan a darle el nombre de «la nueva Ginebra». (Si bien los Emiratos son ricos en petróleo, el 90 por ciento de su comercio de crudo asimismo tiene lugar sin presencia física de barriles.)

Suiza es un país sin salida al mar. No es impedimento para albergar algunas de las principales navieras del mundo, compañías que arriendan y gestionan barcos desde Ginebra al tiempo que revisten a sus propietarios reales, los que se llevan los dividendos, en capas y más capas de secretismo corporativo. Cuando le preguntan por qué la industria marítima converge tan lejos del litoral, el abogado procesalista suizo Mark Pieth dice que el Gobierno sencillamente no regula lo que hacen los buques, con la salvedad de los

escasos 27 navíos con pabellón suizo. No hace falta agua de mar para navegar viento en popa a toda vela.

Este modo de posicionarse en el mundo es la principal contribución ginebrina a la forma en que todos vivimos ahora: en una época de excepciones, en la que *dónde* y *cuándo* tienen menor importancia que *quién*, *cuánto* y *por qué*. Un mundo en el que la riqueza se desplaza de manera abstracta: números en una pantalla, transacciones en una terminal. Un mundo en el que las fronteras ya no tan solo están para delimitar lugares, sino también personas y cosas.

En teoría, los enclaves con normas especiales pueden tener una utilidad que vaya más allá de la simple ganancia de dinero. Durante la Primera Guerra Mundial, Georges Saint-Paul, responsable de salud pública en Francia, se quedó tan horrorizado por el número de bajas civiles en el conflicto que propuso el establecimiento de islas de seguridad, a las que daba el nombre de «Áreas de Ginebra»: una pequeña Suiza en cada nación. Estas zonas se distinguirían de los consabidos campos para personas desplazadas al establecerse en periodos de paz, con el propósito de acoger a los civiles más vulnerables en caso de estallido de guerra. De forma significativa, estarían sometidas al control del Gobierno del país de turno, y no al de un organismo supranacional. Con la esperanza de que, incluso en guerra abierta, los bandos en lucha se abstendrían de atacarlas. (Lo que hoy nos resulta particularmente ingenuo, pues las zonas humanitarias establecidas para albergar a no combatientes en los conflictos de Bosnia, Ruanda e Irak, entre muchos otros países, acabaron por convertirse en blancos militares.)

Georges Saint-Paul fundó la Association des Lieux de Genève, o Asociación de Zonas de Ginebra, en 1931 en París, antes de trasladarla a la propia Ginebra en 1937. Murió

antes de tener oportunidad de llevar su proyecto a la práctica. Sin embargo, se diría que las áreas de Ginebra encontraron resonancia en la otra punta de la tierra: la idea inspiró al sacerdote jesuita Robert Jacquinet de Besange a establecer unas zonas seguras de tipo parecido en Shanghái, que salvaron la vida de medio millón de nacionales chinos durante la segunda guerra entre China y Japón. (En un curioso giro territorial, estas áreas eran, lo mismo que la propia Ginebra, adyacentes a la concesión en la ciudad controlada por los franceses.) Surgieron iniciativas calçadas en otras ciudades chinas, entre ellas Shenzhen, más tarde famosa por sus zonas económicas libres, así como en España durante la Guerra Civil. En esa época de grandes turbulencias, con escasa posibilidad de una paz de verdad y en ausencia de acuerdos internacionales sobre los derechos de los refugiados, la idea del enclave suponía una forma interesante de llegar a compromisos y salvar vidas.

Hoy, el testigo de la iniciativa de Saint-Paul lo recoge un organismo llamado Organización Internacional de Protección Civil (OIPC). Registrada internacionalmente, esta organización proporciona ayuda a los civiles en tiempo de guerra y ha estado operando en regiones tan políticamente delicadas como Cuba, Corea del Norte y el Cáucaso, pero tan solo después de que el Ministerio de Situaciones de Emergencia ruso autorizase dichas misiones. El organismo está casi enteramente financiado por el Estado ruso, que le dedica en torno a 140 millones de dólares al año. Hasta 2012, su director fue un diplomático ruso al que Margaret Thatcher expulsó del Reino Unido en 1985 por supuesta amenaza a la seguridad nacional británica. Un programa de la televisión suiza averiguó que los contratos de ayuda hoy sirven para enriquecer al ministro ruso de Defensa, quien escoge personalmente a los contratistas receptores de fon-

dos de asistencia. El director de la OIPC se destinaba a sí mismo un salario superior al del secretario general de Naciones Unidas. La organización tiene su sede en una mansión construida en piedra y emplazada en el lujoso distrito ginebrino de Petit Lancy, con vistas a un parque con altos robles, elegantes sauces y, justamente delante de su terraza, tres incongruentes palmeras: un nuevo recordatorio de que en este lugar pueden enraizar cosas raras.

El contraste entre el cuerpo de la ciudad y su alma muchas veces resulta igual de desconcertante. Una de los centenares de firmas ginebrinas de gestión de activos proporciona a los individuos con patrimonios estratosféricos «asistencia en la apertura de cuentas en el mundo entero» valiéndose de su «plataforma financiera de ultimísima generación». El dinero de estas personas engendra dinero, que a su vez engendra más, un capital que juega al escondite con los inspectores fiscales allí donde va. Todo esto tiene lugar desde un caserón de piedra en un casco antiguo erigido siglos atrás, cuando una «plataforma» no pasaba de ser un entarimado de tablones para trabajar en la construcción.

En la acera de enfrente, una consultoría de gestión de patrimonio asegura hacer más o menos lo mismo en inglés, francés y ruso. Si alguna vez habéis soñado en mudaros a Mauricio —país con bajos impuestos— por las razones que fuesen —corporativas, profesionales, personales—, en la misma manzana de casas hay una compañía familiar especializada en dicho traslado preciso desde finales de los años noventa.

Da igual que Ginebra y Mauricio tengan poco que ver en el plano físico. Forman parte de un firmamento invisible que estructura una constelación de lugares en principio inconcebible.

Históricamente, los bancos suizos han sido la zona cero de este atlas fracturado. Durante décadas, operaron como agujeros negros que engullían dinero de casi cualquier individuo, en cualquier lugar, para hacerlo desaparecer. En gran parte era legal: lo que resultaba *ilegal*, bajo la legislación suiza, era revelar a quien fuese el nombre del verdadero propietario de una cuenta bancaria. En año tan reciente como 2015, los tribunales seguían condenando a quienes lo hacían. En el momento de escribir estas líneas, los bancos suizos tienen 8,6 billones de dólares en activos, de los que más de dos billones están en manos de particulares. Por su parte, el producto interior bruto nominal del país es de 700.000 millones de dólares, menos de la décima parte del total mencionado. La asimetría se explica por el hecho de que gran parte de la riqueza atesorada en estos bancos, ya sea en forma de certificados de depósito normales y corrientes o de exóticos derivados financieros, pertenece a personas por completo ajenas al país.

En 2008, Gabriel Zucman, economista en la Universidad de California en Berkeley, descubrió que tan solo la tercera parte de los valores extranjeros guardados en bancos privados suizos pertenecía a nacionales helvéticos; los otros dos tercios estaban en manos de extranjeros. Los franceses, alemanes, saudíes y emiratíes son unos clientes particularmente buenos, pero los banqueros tampoco hacen ascos a gestionar fondos de procedencia desconocida o dudosa que en el trayecto bien pueden haber adoptado muchas formas: de explotación minera africana a maletín atiborrado de billetes a fondo caribeño a cuenta numerada.

No solo eso. Buena parte de ese dinero tan solo efectúa parada y fonda antes de seguir viajando de forma interminable. «Este patrón es emblemático de lo que hacen los centros financieros extraterritoriales —escribe Zucman—.

En lo fundamental, los bancos suizos ayudan a extranjeros a invertir fuera de Suiza.» Los bancos tienen menos de casas seguras que de correas de transmisión.

Es de sobras conocido que, durante la Segunda Guerra Mundial, el Reichsbank nazi vendió reservas de oro cuyo valor hoy ascendería a 20.000 millones de dólares a los bancos y banqueros ginebrinos, por mucho que los suizos se proclamaran neutrales. El estropicio posterior fue de los que hacen época: una investigación por parte del Departamento de Estado en Washington, investigaciones periodísticas interminables, una comisión anunciada a bombo y platillo para el pago de reparaciones, disculpas por parte de los peces más gordos del sector. Como resultado, la neutralidad —y la práctica bancaria— suiza se convirtió en material para chistes. Pero, por lo visto, esta humillación no fue suficiente.

Tras las revoluciones de la Primavera Árabe de comienzos del decenio de 2010 se supo que las entidades financieras suizas, muchas de ellas con sucursales en Ginebra, tenían en depósito millones de dólares en activos pertenecientes a los jefes de Estado de Egipto, Siria, Túnez y Libia. Más que las fortunas vinculadas a dictadores de Nigeria, Filipinas y la antigua Unión Soviética. Llegado 2015, gran parte de este dinero seguía congelado en cuentas desanonimizadas por un valor total de 5.000 millones de dólares.

Los bancos han tomado medidas retroactivas destinadas a bloquear el acceso o hacer restituciones, pero esta labor puede llevar años. Tanto bochorno seguido tuvo sus consecuencias: la eliminación de algunas de las leyes nacionales sobre el secreto bancario por presión de otros países hace que las grandes fortunas extranjeras lo tengan un poco más difícil a la hora de perderse de vista.

Pero los escándalos siguen sucediéndose: resulta que todos los personajes más poderosos en Kazajistán, Rusia y

Ucrania tienen residencias a orillas del lago, quizá no para ellos mismos, pero sí para un consorcio, fondo o medio de inversión vinculado a una entidad conectada a su persona. En fecha más reciente, un multimillonario texano del sector de la tecnología llamado Robert Brockman ha sido encausado en Estados Unidos por su utilización de un banco en Ginebra (y varios más) para evadir 2.000 millones al fisco norteamericano, lo que suponía todo un récord. Public Eye contabiliza 13.600 compañías fantasmas en la ciudad de Ginebra: algunas son simples buzones, otras tienen empleados nominales y muchas operan como portales para que los clientes puedan desviar dinero a ubicaciones extra-territoriales cada vez más lejanas.

El juzgado principal de Ginebra, el Palais de Justice, se halla justo delante de la catedral de San Pedro. El edificio, un antiguo convento, está abierto a abogados y demandantes —pero no al público en general— desde 1860. Además de enjuiciar delitos y faltas locales, el tribunal todos los días instruye casos vinculados a infracciones en lugares muy distantes: concesiones mineras en Guinea, corrupción en Venezuela, sobornos en Costa de Marfil y Congo. Estos casos son muestra del éxito de Ginebra a la hora de entretejerse en la tela del mundo y su dinero, y de su capacidad para convencer a firmas extranjeras de abrir oficinas aquí.

Por Ginebra pasan muchísimas cosas. En su mayoría no llegan a tocar el suelo.

No fue muy lejos de aquí, en las orillas del lago Lemán, donde Mary Shelley invocó a su célebre monstruo.

En 1816, Shelley (aún llamada Mary Godwin) estaba pasando el verano en una villa situada a unos tres kilóme-

tros al norte de la ciudad, en compañía de su amante, Percy Bysshe Shelley, y su hermanastra embarazada, Claire Clairmont. Lord Byron, quien se acostaba con Clairmont, estaba una puerta calle abajo. El grupo en principio se encontraba de vacaciones, pero el tiempo se lo impidió: una anormal erupción volcánica en el monte Tambora indonesio pocos meses antes había matado a 10.000 personas, con el añadido de que las cenizas en suspensión fueron expandiéndose hasta recubrir gran parte del globo. Bloquearon la luz del sol en Europa, causando cosechas catastróficas, hambrunas, un mortífero brote de tifus y desórdenes políticos. En la tan lejana Ginebra, «la lluvia incesante muchas veces nos obligó a permanecer encerrados en la casa durante días seguidos», recordaría Mary de este «año sin verano». Los del grupo se contaban historias de fantasmas para pasar el rato, o por lo menos lo intentaban. Mary se encontraba sumida en un bloqueo creativo, «esa vacía incapacidad de invención» que le impedía escribir, hasta que una noche tuvo una visión.

«Vi el horrísono espectro de un hombre tumbado —escribiría después—, y a continuación, de resultas del funcionamiento de un potente motor de alguna clase, vi que daba señales de vida.»

«Esta idea me arrebató la mente de tal modo que me estremecí de miedo, y me entraron ganas de intercambiar la horrorosa imagen de mi fantasía por las realidades que me rodeaban —anotó—. Sigo viéndolas en este momento: la misma habitación, el parqué oscuro, las persianas echadas por las que la luz de la luna se colaba dificultosamente, y aquella sensación de que el vítreo lago y los Alpes altos y blancos estaban más allá.»

La quimera se convirtió en una de las figuras más inolvidables de la literatura; un gigante de más de dos metros,

enteramente hecho de cadáveres robados aquí y allá, que iba a recorrer la tierra en busca de venganza, amistad y una compañera. Un monstruo traído a la vida por Victor Frankenstein, ciudadano de Ginebra.

En tiempos normales, la ribera del lago no inspira monstruos de esta clase. Es agradable, con temperaturas que rara vez alcanzan el grado de congelación. Pero los meses de invierno son oscuros, pesados, húmedos, y el gélido viento del *bise* cala los huesos y acentúa la sensación de frío. Y después, cuando llega la primavera, se dice que el *foehn* cálido y seco —el equivalente alpino del Santa Ana— provoca brotes psicóticos, migrañas y accidentes de tráfico. No es que los ginebrinos crean en los espíritus del viento; no son de natural supersticioso. Culpan a la naturaleza porque viven convencidos de tener siempre el control. La irracionalidad tan solo puede ser producto de la climatología.

Desde el muelle, uno de los cuatro puentes peatonales te lleva a la otra orilla del lago. En el lado este han tenido lugar varios de los acontecimientos más destacados en la historia de la diplomacia: convenciones sobre la guerra y la paz mundiales; leyes, delitos y castigos internacionales. Un muelle tan largo como pintoresco, bautizado en honor a Woodrow Wilson, conduce a un gran y antiguo palacio construido en arenisca, que también lleva su nombre. Junto al palacio se encuentra un edificio aparte, el Hotel President Wilson, en el que se halla la *suite* hotelera más cara del mundo. Dotada con doce dormitorios y un piano de cola Steinway, sale a 81.000 dólares la noche.

Los ginebrinos se consideran en deuda con Wilson, quien fue decisivo en la fundación de la Sociedad de Naciones, organismo que situó a Ginebra en el mapa... por mucho que fracasara con estrépito en lo tocante a su man-

dato de mantener la paz mundial y de que el propio país de Wilson rechazara integrarse en ella. La Universidad de Princeton ha retirado el nombre del antiguo presidente de su Escuela de Asuntos Públicos e Internacionales debido al racismo descarado de Wilson. Cosa que a los ginebrinos no parece molestarles tanto, por lo menos no de momento.

En 1946, Naciones Unidas tomó el relevo de la Sociedad, se trasladó al edificio hasta entonces ocupado por esta y trajo al mundo multitud de organismos hermanos: la Organización Mundial del Comercio, la Organización Mundial de la Salud, la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual y una decena larga más de burocracias intergubernamentales reguladoras de todo, desde las telecomunicaciones hasta el reasentamiento de refugiados.

A raíz de su pertenencia a estos organismos, los Estados-nación —las piedras angulares del mundo que habitamos— llegaron a ser lo que son hoy. Los imperios fueron divididos en países, las excolonias reconocidas como independientes, y cada unidad nacional dotada de igualdad soberana: una tierra, un país, un gobierno, un voto en la ONU.

Es de lo más paradójico, por tanto, que Suiza no se integrara en la ONU hasta 2002. Y es de lo más apropiado que su edificio sea legalmente inviolable por la policía. Varios millares de los empleados de Ginebra tienen mayor o menor grado de inmunidad diplomática, lo que los exonera de determinados impuestos y, en algunos casos, de enjuiciamiento penal. Los diplomáticos acarrean preciosos documentos en sus valijas diplomáticas, asimismo protegidas a ultranza por las convenciones internacionales. Incluso sus propios coches están exentos de multas por aparcamiento indebido o exceso de velocidad. Algunos de estos

vehículos tienen la carrocería blindada y las ventanas polarizadas. Todos ellos exhiben la matrícula inconfundible: CD, o *Corps Diplomatique*.

Los organismos internacionales de Ginebra también llevan vidas paralelas. La ONU tiene sus propios sellos de correos, distintas fórmulas impositivas sobre los ingresos y una normativa laboral particularmente disfuncional que en gran parte impide que los trabajadores hagan huelgas, pongan denuncias o se organicen en sindicatos. Incluso tiene una tienda donde los empleados pueden comprar alcohol, cigarrillos y ropa interior sin pagar impuestos suizos. Recuerdo que yo solía ir a ella los viernes por la tarde después del colegio y que, de forma inevitable, me tropezaba con algún colega de mi padre o la madre de una compañera de clase entre el pasillo de los perfumes y el de las golosinas. Se diría que los pequeños mundos ginebrinos existen en suspensión, como el sujeto de un experimento de física nuclear en el CERN, centro que ocupa un vasto campus en la frontera noroeste de Suiza, un poco en Francia, un poco en Suiza, subterráneo en gran parte.

Mary Shelley escribió un libro sobre un hombre, un monstruo y los lugares en que trataron de esconderse. Pero Frankenstein también es la historia de una ciudad: una quimera en sí misma, compuesta de partes disparejas, animada por la arrogancia, la codicia y una pizca de lo sobrenatural.

En su ensayo sobre la idea de lo siniestro, Sigmund Freud, el creador del psicoanálisis, apunta que la palabra alemana *heimlich* (en su significado de ‘propio del hogar, familiar, agradable’) muchas veces se utiliza para designar exactamente lo contrario. «Además —advierte Freud—, *heimlich* no posee un sentido único, sino que pertenece a dos grupos de representaciones que, sin ser precisamente antagónicas, están, sin embargo, bastante alejadas entre sí.

Se trata de lo que es familiar, confortable, por un lado, y de lo oculto, disimulado, por el otro.»

Ginebra es (no)*heimlich*: esta misma cosa y su contraria. El globo escondido es (no)*heimlich*. Puedes pasear por estos lugares diez veces al día sin pensar en absoluto sobre lo que de hecho son o sobre dónde están en realidad. Lo sé mejor que nadie: yo misma estuve haciéndolo durante dieciocho años. Y, de no haberme ido, seguramente seguiría haciéndolo.

De forma que primero escribo todo esto basándome en el recuerdo —en las impresiones de la memoria, mejor dicho— y a distancia. Y después vuelvo para desandar mis pasos, y vuelvo a tocar, vuelvo a oler, vuelvo a verlo todo. Tan solo al hacer el camino inverso puedo encontrar las palabras que designan, no ya la realidad concreta de Ginebra, o del Estado suizo, sino del poder situado por encima y por debajo de los 40.000 kilómetros cuadrados que ocupa en el corazón de Europa.

Todo esto empezó con cuerpos humanos.

Por entonces no había grandes bancos ni organismos internacionales; por no haber, no había ni papel moneda. Era una época anterior al capitalismo, el nacionalismo o el imperialismo tal y como hoy los conocemos.

De hecho, cuando la Antigua Confederación Suiza nació como una alianza entre cantones, Suiza llevaba a pensar en un «mosaico formado por jurisdicciones que se solapaban, costumbres tradicionales, apolillados privilegios y ceremonias, irregularidades en las leyes aduaneras, en los pesos y en las medidas», escribe el historiador Jonathan Steinberg en *Why Switzerland?* «Un absurdo surtido de minúsculas repúblicas, principados-obispados, abadías princi-

pescas, condados, ciudades libres, monacatos y prioratos soberanos, valles libres, jurisdicciones, gremios, oligarquías y aristocracias ciudadanas superpuestas» caracterizaban el territorio.

En otras palabras, si Suiza contaba con un cuerpo político, ni el mismísimo doctor Frankenstein habría sido capaz de coserlo y unirlo de manera semejante. Pero nada de esto resultaba inusual. El Sacro Imperio Romano Germánico, del que la Antigua Confederación formaba parte, era no menos caótico: en teoría, una tierra dominada por un mandatario, pero que incluía una miríada de unidades de gobierno, entre ellas ducados, marquesados, reinos, abadías, ciudades-Estado y otros territorios.

Vale la pena recordarlo al examinar la contemporánea «rareza» de este mundo escondido. Los que aprendimos geografía e historia a partir de un mapamundi podemos sorprendernos ante la existencia de sistemas tributarios, de gobernanza e inmigración paralelos o que se solapan en el seno de un Estado. Pero la razón que lo explica está más relacionada con la mitología nacionalista que con los hechos históricos. El Estado-nación, como escribe la historiadora Claire Vergerio, no se convirtió de forma repentina en «la exclusiva unidad legítima en el ordenamiento internacional» tras la firma del Tratado de Westfalia en 1648. De hecho, el llamado ideal westfaliano de un territorio, un pueblo, un gobierno, no llegó a ser del todo real hasta la descolonización. El nacionalismo ha «reprogramado nuestra imaginación colectiva hasta inculcarnos la convicción de que esta ha sido la forma habitual de hacer las cosas desde 1648», apunta Vergerio.

Algo que no ha cambiado: los gobernantes pueden seguir detentando el poder sobre sus gentes. Y mucho antes de adoptar la forma de una nación, los suizos se las ingenia-

ron para monetizar su capacidad de establecer normas, leyes y ejércitos.

El núcleo de la confederación suiza se remonta a 1291, cuando los cantones de Uri, Schwyz y Unterwalden repelieron los ataques de sus vecinos y formaron una alianza para asegurar su protección en el futuro. El enemigo común era el Imperio Habsburgo. En 1315, las tensiones entre los gobernantes imperiales y los cantones empujaron a Leopoldo I a invadir a los suizos con un ejército de 8.000 hombres... y a sufrir una derrota inesperada.

¿Y cuál fue el arma secreta de sus adversarios? La infantería en ceñida formación de cuadro, armada con picas de entre cinco y seis metros de longitud. Una táctica que llevó a los suizos a conseguir sonadas victorias durante el siguiente siglo y medio, en el que derrotaron a ejércitos austriacos y borgoñones entre cuatro y 36 veces mayores. A finales del siglo xv, la alianza de territorios incorporaba ocho regiones con autogobierno vinculadas por una serie de pactos y tratados. Junto con los éxitos militares, su reputación de guerreros encallecidos y crueles se extendió por toda Europa. Y sus peculiares formaciones tácticas, tan respetadas como temidas, pronto se convirtieron en objeto de exportación, en forma de combatientes especialmente adiestrados.

En perspectiva, el floreciente comercio con mercenarios seguramente se entiende mejor teniendo en cuenta la oferta y la demanda. Por entonces, Suiza nada tenía que ver con el país actual, pues era muy pobre, con un crecimiento demográfico excesivo para las tierras de cultivo y los recursos en las regiones alpinas. Las monarquías vecinas —sobre todo la francesa— se encontraban con unos problemas domésticos que complicaban la formación de sus propias milicias. Los señores feudales no podían estar seguros de que sus siervos campesinos no fueran a amoti-

narse, y los reyes tampoco se fiaban de los señores, por miedo a que compitieran por el poder. Llegó el momento de los suizos. «A la hora de resolver los problemas de superpoblación en esta tierra yerma (en la que no se daba inversión pública destinada a mejorar la agricultura), los cabezas de familia dominantes idearon una solución ingeniosa: vender a sus compatriotas a Gobiernos extranjeros», escribe el político, intelectual y activista Jean Ziegler en su libro *Una Suiza por encima de toda sospecha*.

Los mercenarios de los cantones al principio eran contratistas independientes: «lanceros libres» (*freelancers*, en inglés) que muchas veces cobraban con demora y gozaban de escasas protecciones en su ocupación. Ante la carencia de perspectivas en su suelo natal, explotaban la vida militar al máximo y se daban a los consabidos saqueos, borracheras y líos de faldas. Llegado el siglo xvii, el negocio mercenario se había formalizado, con sus reclutadores, intermediarios, gestores y códigos de conducta. Los hombres disfrutaban de todas las ventajas del respaldo suizo —adiestramiento, equipamiento, salario— sin que de hecho combatieran por su país de origen.

Los hombres de un cantón servían juntos en una misma unidad militar. Emigraban al extranjero para combatir y volvían a casa de forma estacional. Autónomos como eran, se les suponía neutrales en el fondo. Los mercenarios no albergaban resentimientos contra los soberanos que los empleaban para reforzar su poder contra los señores feudales. Ni tampoco contemplaban a dichos señores con rencor.

Considerados ajenos a la jurisdicción del bando que los contrataba, más bien cargaban con sus leyes nacionales a cuestas, cual unos caracoles de tipo belicoso. A sus empleadores ya les iba bien este arreglo. «Estos cuerpos armados eran por completo independientes, tenían sus propias re-

gulaciones, jueces y banderas», se indica en una historia publicada por el Vaticano, que a día de hoy sigue contratando a guardias suizos para la vigilancia del palacio papal. «Las órdenes se impartían en su propio idioma, el alemán, a través de oficiales suizos, y seguían sujetos a las leyes de sus cantones; en pocas palabras, el regimiento era su patria. Todas estas costumbres fueron afianzándose mediante convenios parecidos en años posteriores.»

Los reclutadores militares desempeñaban un papel clave en este comercio. Peinaban las regiones pobres de la confederación y contrataban a hombres jóvenes para su alistamiento en milicias extranjeras. A finales del siglo XVIII, 70.000 hombres de los cantones formaban parte permanente de ejércitos foráneos; luchaban por quien fuese, desde la Corona francesa a la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, manteniendo a los enemigos a raya y viajando a uno u otro país. Con el tiempo desempeñaron un papel pequeño pero importante en la colonización del subcontinente indio.

En lo tocante a las gentes contra las que luchaban: «Enmarcados en el desafío burgués al absolutismo y las guerras de clase por la independencia —escribe el historiador V. G. Kiernan—, el soldado ciudadano y las milicias civiles combatían al mercenario, al que se identificaba con lo antiguo, lo reaccionario y el brazo represor del rey». La inquina no era mutua; para los mercenarios, la guerra no pasaba de ser un simple negocio. Soldados de alquiler, el sustento, las familias o las vidas de la población local ni les iba ni les venía. Los mercenarios ni siquiera hablaban su lengua. Y como les pagaban mayor soldada que a los reclutas locales, no se arriesgaban a desarrollar sentimientos de hermandad fundamentados en la clase social o vínculos personales forjados a través de la Iglesia y el comercio.

Cumplían con su trabajo y luego se iban, sin dejar viudas o huérfanos detrás, sin necesidad de financiarles pensiones, atención médica o vivienda.

El resultado de este comercio en cuerpos humanos fue que las existencias de los varones pobres de los cantones se convirtieron en mercancías. «Los soldados se habían convertido en un producto estandarizado de mercado, en una “materia prima”», escribe el historiador John Casparis. La mercantilización —¿o sería mejor decir deshumanización?— de los hombres llegó a tal punto que su compraventa se asemejaba a la del ganado. El queso estaba empezando a ser un importante producto suizo de exportación, pero las poblaciones productoras de los famosos gruyer, *raclette* y emmental necesitaban suministro continuo de sal, y en aquellas tierras sin salida al mar no había sal en absoluto. Al igual que los legionarios romanos en su día, los mercenarios empezaron a cobrar un «salario» literal, esto es, en sal. En lo fundamental, así era como funcionaba la política exterior suiza.

Y, a su manera, los mercenarios también servían a su país. El negocio con ellos generó un flujo de dinero y ayudó a reducir el desempleo. Según una estimación, durante los siglos xv, xvi y xvii, el 4 por ciento de la población emigró en calidad de tropa mercenaria, proporción que bajó al 1 o 2 por ciento a finales del siglo xviii. Los hijos de las clases superiores tenían el rango de oficiales. Los tenientes ganaban cinco veces más que la soldadesca; los capitanes, quince veces más. Pero los soldados rasos venían a ser unos siervos carentes de derechos, cuyas existencias eran parecidas a las de los actuales obreros en Dubái o empleadas del hogar en Singapur. La paga era escasa, carecían de una posición social reconocida y resultaba frecuente que murieran en el trabajo, ya fuese por heridas de guerra o por enfermedades.